

« Toda mi ambicion es hacer la felicidad de mis semejantes : aun muy jóven, me he encontrado lanzado en medio de tantas situaciones extrañas y difíciles, que he aprendido á no mirar el poder sino bajo el punto de vista filosófico; jamás le he deseado sino para hacer el bien, y un bien que sea permanente. Si ciertas dificultades políticas que parecian oponerse á la independenciam de Grecia no hubiesen surgido, al presente me encontraria en aquel país; y sin embargo, no oculto cuál hubiera sido el embarazo de mi posicion. Sé cuán de desear es para la Bélgica tener un jefe, y la paz de la Europa está interesada en ello. »

La primera frase de este discurso tan sencillo y conciso, era una promesa para el porvenir, y la última un compromiso para el presente; por lo tanto satisfizo á casi todo el mundo, reyes y pueblo; de modo que el sábado 4 de junio, el príncipe Leopoldo fué proclamado rey de los Belgas por una mayoría de cincuenta y dos votos contra cuarenta y tres : la Providencia habia tomado esta vez el disfraz de la necesidad. Al contrario de todos los príncipes reinantes á la sazón, el príncipe Leopoldo ha sido el primero en presentar en el programa dado por él á los embajadores que le fueron enviados, la regla de su conducta; efectivamente, ha mirado el

poder bajo un punto de vista filosófico, y procura en este momento crear un bien permanente, dispuesto como está siempre, si viera que se engañaba, á dejar su titulo de rey para volver á tomar el de príncipe.

Una de las cosas mejor comprendidas por el rey de los Belgas, es la poca importancia real de la propiedad territorial, y la grande influencia que en los gobiernos modernos y democráticos debe ejercer la inteligencia que se manifiesta por las empresas industriales ó por las creaciones del arte; no obstante, por espacio casi de dos años sus buenas intenciones fueron neutralizadas por las circunstancias.

En efecto, durante dos años, y en consecuencia de la revolucion, ni habia venta en la Holanda ni exportacion al extranjero. Los dos gobiernos conocieron, sin embargo, la necesidad de alimentar su comercio y cerrar por algun tiempo los ojos al fraude; en fin, en 1833, los derechos de introduccion en Holanda se fijaron en el 5 por 100 por el rey Guillermo, cuyos súbditos son trasportadores, permítaseme la palabra, pero no fabricantes, y el rey Leopoldo pudo eficaz y públicamente proteger la industria, que desde aquella época ha adquirido un inmenso desarrollo. Así, por ejemplo, Gante, el Manchester de la Bélgica, que en 1829 poseia apenas ochocientos *hooms*, cuenta hoy cinco

mil. Estos *hooms* son máquinas de vapor, cada una de las cuales teje cuatro piezas de algodón de setenta y cinco varas, cada semana. Un niño de cinco años basta para atar los hilos de dos *hooms*; de modo que un niño de cinco años y esas dos máquinas, producen ocho piezas de algodón cada ocho días. En los talleres de los señores Hemptinne y Vortman se ve una cosa que tiene algo de prodigio: en una hora, una pieza de algodón que ha entrado en bruto ante el visitador á quien estos señores quieren hacer los honores del establecimiento, se limpia, se hila, se teje, se stampa, se seca, se prensa y se dobla; y en otra hora, si el visitador va acompañado de su mujer, podrá esta salir vestida con la tela fabricada á su vista.

En cuanto á los caminos de hierro, que constituyen en la actualidad la gran preocupacion de la Bélgica, es preciso haber visto la estacion de Malinas, que forma el centro, para formarse una idea de la fiebre que se ha apoderado de toda la poblacion. Tiene algo semejante á una locura universal, á una enajenacion general; parece que ninguno tiene negocios sino donde no reside; treinta, cuarenta convoyes llegan diariamente, derramando en el mismo sitio treinta ó cuarenta mil personas, que se agrupan allí un momento, se mezclan, se separan, se lanzan en sus respectivos carruajes, y desaparecen por los diferentes

radios de la estrella con la rapidez del viento, para hacer sitio á otros, que desaparecerán á su vez, impulsados por los que vendrán detrás de ellos, y esto sin cesar, sin descanso, y en número semejante al que Dante vió agruparse en las orillas del rio Aqueronte, cuando se admiró de que desde el principio de la vida hubiese hecho la muerte desaparecer tantas gentes.

Fomentando con su proteccion y su dinero las empresas industriales, el rey Leopoldo no ha abandonado las producciones del arte. Obligado á renunciar á una literatura nacional, que la falsificacion de Bruselas, fatal para la misma Bélgica, seca en su raíz, puesto que opondrá sin cesar á las obras de cuatro millones de hombres las del mundo entero, que da por un ínfimo precio, el rey dirige todos sus estímulos hácia los trabajos históricos y las escuelas de pintura: el señor baron de Reiffenberg, en Bruselas; el señor Voisin, en Gante; Delepierre, en Brujas; Polain, en Lieja, hojean laboriosamente la inagotable y variada mina de las antiguas crónicas nacionales, y todos en recompensa de sus primeras publicaciones, han sido nombrados para destinos que les ponen en el caso de continuarlas. Los señores Reiffenberg y Voisin son bibliotecarios, el uno en Bruselas y el otro en Gante; Delepierre y Polain son conservadores de los archivos, el primero de Brujas, el segundo de

Lieja, y preparan al historiador futuro de Flandes un trabajo semejante al que espera ya, gracias á los señores Guizot, Agustin Thierry y Michelet, al futuro historiador de la Francia. Menos contrariado respecto á la pintura, el rey de Bélgica es por esa arte por la que mas ha hecho, puesto que á pesar de la escasez de su lista civil, ha comprado en seis años mas de sesenta cuadros. Bajo su influjo ha recibido la escuela flamenca nueva vida y mayor desarrollo, de modo que el salon de 1836 ha ocupado un puesto distinguido entre las bellas exposiciones de Bruselas.

De modo que, cosa notable, en tres grandes épocas de su independenciamos es cuando las provincias flamencas han visto florecer sus escuelas de pintura: en tiempo de Felipe el Bueno, de 1419 á 1467, los hermanos Van Eyck y Memling establecian el punto de partida del arte; bajo la dominacion de Alberto é Isabel, de 1598 á 1633, Rubens, Van Dyck, Erayer, Roose y Syner le elevan á su apogeo; en fin, con Leopoldo I, de 1832 á 1838, Verbockhoven, Gustavo Waper y Keiser, protestan con sus obras contra la decadencia en que se creia habia caido. Leopoldo ha satisfecho pues todas las exigencias del país que gobierna: en política ha colmado los votos de la nacion belga protestando hasta el último momento contra la toma de Limbourg y de Luxemburgo; en industria ha enoble-

cido todas las empresas tomando en ellas una parte personal; en fin, en historia y en pintura ha animado los ensayos de los historiadores y los esfuerzos de los pintores, para sacar á la ciencia y al arte de la decadencia. El rey ha sembrado, ahora corresponde á la tierra producir.

Para terminar con la política, hombres y cosas, digamos algo acerca del príncipe de Ligne, á quien una primera inconsecuencia hizo perder en 1832 una popularidad que una segunda inconsecuencia le ha devuelto en 1838. Quiero hablar de dos cosas completamente olvidadas hoy, y cada una de las cuales hizo gran ruido en su época; me refiero al rescate de caballos del príncipe de Orange, y al paso delante de Flessinga bajo el pabellon belga.

En el momento del secuestro decretado contra los bienes del príncipe de Nassau por el gobierno belga, sus palacios y sus muebles fueron embargados; entonces resolvió el partido realista rescatar los caballos que el príncipe tenia en mucha estima y regalárselos. En consecuencia circuló al punto una lista de suscripción, y fué presentada al príncipe de Ligne por la hija del marqués de Trasignies, que era protestante, y por tanto orangista; el príncipe de Ligne, que estaba para casarse con la señorita de Trasignies, no quiso disgustar á su prometida con una negativa, y firmó. Por otra

parte, aquella accion le pareció un asunto de señor á señor, y un proceder de Ligne á Nassau. No ignoraba que el partido á que acababa de asociarse con aquel acto noble, volveria contra él el paso dado. Publicóse la lista; en tanto el príncipe de Ligne se casó con la señorita de Trasignies; el pueblo se creyó doblemente abandonado por el hombre en quien habia fundado toda su esperanza, y vendido segun su creencia por el patriota y el católico, saqueó ó mas bien devastó su palacio, cuyos muebles fueron arrojados por las ventanas y destrozados en el pavimento.

Tres años despues, habiendo enviudado el príncipe de Ligne se casó con una princesa polaca muy conocida por su piedad. Este matrimonio comenzó á rehabilitarle en la opinion pública, porque en Bélgica la religion es todavía el origen de donde parten todas las opiniones favorables y contrarias; gozaba pues ya de aquella reaccion de popularidad, cuando llegó la época de la coronacion de la reina de Inglaterra. El príncipe, magnífico como si fuera uno de sus antepasados, solicitó del rey Leopoldo el favor de ir á sus expensas á representar en Londres al gobierno belga; le fué concedido este favor. A su regreso, y cuando pasaba por delante de Flessinga, el príncipe de Ligne se opuso á que el pabellon belga, que no es admitido en las radas holandesas, se amainase; solo sí los colores britá-

nicos se izaron en lo alto, y al mismo tiempo la bandera del príncipe se enarboló en el gran mástil. Este hecho, que en último resultado no era mas que una baladronada peligrosa, fué considerado por el pueblo como un acto de firmeza. La popularidad del príncipe fué reconquistada de repente, y mientras el rey Leopoldo deploraba interiormente aquella inútil bravata, que podia renovar los sucesos de Lovaina y Amberes, la sociedad de la Grande armonia daba una serenata bajo las ventanas del embajador, y el pueblo gritaba:

— ¡ Viva el príncipe de Ligne !

Hasta aquí todo marchaba perfectamente, cuando una carta del príncipe lo echó á perder, no para con el irreflexivo entusiasmo de la multitud, sino á los ojos de la minoria ilustrada. Un periódico holandés refirió el hecho de un modo inexacto; el príncipe de Ligne se creyó obligado á responderle. Hé aquí la carta, Dios se lo perdone en gracia de las de su abuelo:

« Señor redactor :

» He leído en vuestro número del 4 el extracto de artículo del *Handelsblad*, que se expresa en estos términos respecto al pabellon belga enarbolado en el buque de vapor que me llevaba á Amberes.

» Al aparejar en Londres, el *Pyroscaphe* habia izado el pabellon belga; mas el piloto de Flessinga,

que dirigia el timon, hizo al capitán la observacion que ese pabellon no era admitido en nuestros puertos, y el capitán mandó se amainase.

» El hecho es falso ; la bandera de Bélgica no ha cesado de flotar sobre el navío desde Londres hasta Amberes, y cuando llegó á Flessinga el capitán me propuso amainar el pabellon belga, y no izar mas que los colores británicos ; le respondí yo que permanecería sobre el puente y bajo la bandera, y que consentiría irme á pique antes que someterme á tal cosa. Los colores belgas flotaron, pues, á la vista de los cañones de Flessinga y de los buques holandeses.

» En cuanto á mi bandera enarbolada en el gran mástil, sabido es, que esto es una prerogativa de los embajadores extraordinarios ; no hice cuestion de orgullo verla flotar junto á la bandera belga : no hubiera yo abatido este ante los Holandeses. Los Nassau saben que la primera, desde Felipe II hasta el rey Leopoldo, jamás se abatió ante ella.

» *Príncipe de Ligne.* »

La cita era exacta, pero desgraciada. El señor príncipe de Ligne habia olvidado una cosa, y es que Felipe II, á quien sus antepasados servian, era el hombre de la tiranía, mientras que en aquella época los Nassau, contra quien sus antecesores se batian, eran los representantes de la independencia.

Pero como el pueblo no estaba obligado á enertar mas memoria que el príncipe, encontró retumbante la frase, y aplaudió.

Tres modos hay de recorrer una ciudad. El primero visitando sus monumentos por orden cronológico ; el segundo dividiéndola en barrios y recorriendo unos despues de otros ; el tercero yendo en direccion recta y caminando al acaso.

Ordinariamente es el último modo el que prefiero, porque así todo se me presenta de improviso, y por consecuencia me llama mas la atencion. Como generalmente, estudios preparatorios acerca del país que visito me han puesto en el caso de recorrerlo sin cicerone, sin guía y sin plan, una descripcion anticipada no quita nada de su grandeza ó de su especialidad á los monumentos que encuentro de repente al volver la esquina de una calle ó desembocar en una plaza, presentándoseme llenos de recuerdos, que hago pasar unos despues de otros ante mí como fantasmas. Siempre que no es otro el que me guía, me parece que soy yo quien ha encontrado, y esta creencia adquiere mas valor todavía cuando veo á la multitud pasar indiferente, y como si no le viese, al pié del edificio ó por el centro de un punto de vista ante el que permanezco admirado : ese punto de vista y ese edificio me parecen desde entonces una creacion mágica, levantada á mi paso, y que desaparecerá tras de mí.

De ese modo, saliendo de la fonda de la Reina de Suecia, la única donde he encontrado alojamiento, tomé á la derecha, y despues de haberne perdido algun tiempo por calles estrechas y tortuosas, me encontré repentinamente frente á la casa de Ayuntamiento, monumento gótico, concluido por su arquitecto, Van Ruisbrock, en 1441, todo rodeado de casas edificadas en la época de la dominacion de la España, y que presentan el carácter de la arquitectura castellana. Estas casas dan á la plaza una fisonomía que sin ser completamente homogénea, puesto que el genio de dos pueblos distintos ha ido á chocarse en aquel sitio, no deja de formar un conjunto tan extraordinariamente pintoresco, que si no es una de las plazas mas bonitas que he visto, es á lo menos una de las mas originales. Despues del Ayuntamiento, el edificio mas importante es la casa Comunal, situada casi enfrente, y de donde salió el conde de Egmont para marchar al suplicio; habíase construido una galería colgada de negro, que conducia desde el balcon al cadalso, precaucion tomada sin duda para que el sentenciado no estuviera al alcance de los que hubiesen intentado salvarle por un golpe de mano. Desgraciadamente para los que desean ver los recuerdos eternizados unos frente á otros, esta casa no es ya la misma que entonces existia. Edificada á principios del siglo xv, ha sido restaurada dos veces: la

primera en 1625 por Isabel, que la consagró á Nuestra Señora de la Paz, en memoria de que esa Virgen habia librado á Bruselas de la peste, de la guerra y del hambre, como testifican esta palabras medio borradas; pero que todavía se pueden leer: *A peste, fame, et bello, libera nos, Maria Pacis*. La segunda vez fué despues del bombardeo que el mariscal La Villeroy hizo sufrir á la ciudad de 1695.

Visto desde los escalones de esta casa, es magnífico el aspecto del Ayuntamiento; la torre colocada á un lado como la del antiguo palacio de Florencia, se lanza con majestuosa esbeltez á la altura de trescientos sesenta y cuatro piés; remata esta torre un San Miguel de bronce dorado, del tamaño de diez y siete piés, que le hace girar el viento como una veleta, y que desde abajo parece un juguete de niño.

A uno de los salones de la casa de ayuntamiento, va unido un gran recuerdo. En el salon llamado del Concierto, es donde Carlos V abdicó el poder real, el 9 de setiembre de 1556, en favor de su hijo Felipe II; quise verle, esperando hallar en sus antiguas paredes algo de aquel solemne y grave acontecimiento: estaban graciosamente cubiertas con papel azul celeste, adornado de guirnaldas de flores ya marchitas que habian servido para el último baile.

Algunas habitaciones cubiertas con bonitos tapices recuerdan la vida de Clovis, mirada á través del siglo de Luis XIV, y conducen á la sala del Consejo, donde cuadros del mismo género representan la entrada de Felipe el Bueno en Bruselas, la abdicacion de Carlos V, y la coronacion de Carlos VI, padre de María Teresa. En esta misma sala, donde el cielo bastante mediano de Janseus está engastado en una encañadora ornamentacion de cornisas, es donde se conservan las llaves de oro que, en una fuente de plata sobredorada, fueron presentadas sucesivamente, en 1809 á Napoleon, en 1815, á Guillermo de Nassau, y en 1851 á Leopoldo I. Estas llaves, segun parece, abren puertas pero no las cierran.

No sé cuándo me hubiera decidido á dejar aquella magnífica plaza, á no haber visto por un intervalo de casas las torres de Santa Gudula, que dominan toda la ciudad. A medida que nos aproximamos, se nota mas la semejanza del edificio, en menores proporciones, con Nuestra Señora, aunque de una fecha algo posterior, y por consecuencia de una ornamentacion menos severa. Felipe el Bueno, duque de Borgoña, tuvo allí el primero, y Carlos V el décimoctavo capítulo del Toison de Oro.

Las dos cosas que se observan primero al entrar en la iglesia, despues de la primera ojeada dirigida

á su grandiosa arquitectura, son sus magníficas vidrieras y su extraño púlpito; las unas tienen la fecha de 1500, y el otro la de 1699. Admirando en la juntura de las vidrieras la entendida coquetaria del renacimiento, se echa de menos la sencilla expresion de la época anterior, y por mas alabadas que sean las de Bruselas, por mi parte prefiero las de Ruen y Colonia. En cuanto al púlpito, es una obra de mal gusto sin duda, pero de un mal gusto lleno de energía é imaginacion; representa á Adán y Eva expulsados por un ángel del Paraíso terrestre y perseguidos por la muerte. La serpiente, cuya cola arrastra á los piés de aquellos á quienes ha seducido, sube atrevidamente, arrollándose al rededor del tronco de un árbol, y va al sombrero del púlpito, donde su cabeza es aplastada por el pié del Niño Jesús, á quien su Madre detiene temerosa. El autor de este púlpito, Enrique Verbrugen, tardó veinte años en hacerle para los jesuitas de Lovaina. María Teresa se le compró, y le donó á la iglesia de Santa Gudula.

En el coro de la iglesia, una losa de mármol blanco cierra el panteon de los duques de Brabante; el archiduque Alberto fué enterrado allí en 1621, con hábito de recoleto, y la infanta Isabel en 1635, con hábito de religiosa. Cerrado desde aquella época, se volvió á abrir para el hijo del rey Leopoldo. A derecha é izquierda están los

sepuleros del archiduque Ernesto y del archiduque Juan.

Un recuerdo moderno y democrático viene á unirse aquí á unas antiguas y aristocráticas memorias. En la capilla de Nuestra Señora de la Restauracion se halla el sepulcro del conde Federico de Merode, muerto en Berchem en 1850. El monumento es de Giefs, el mejor estatuario que posee la Bélgica. Representa al conde herido mortalmente é incorporándose sobre el codo, para disparar una pistola que tiene en la mano; está vestido con el traje que llevaba, es decir, una blusa, pantalón y polainas.

En la parte anterior del sepulcro, por bajo de las armas del conde, que son de oro, denticuladas de azul, de gules, con esta divisa: *¡Mas honor que honores!* está grabada la inscripcion siguiente, en que se encuentra el doble sentimiento democrático y religioso que es hoy el carácter mas notable de la nacion belga:

Frederico comiti de Merode
inter liberatores Belgii propugnatori strenuo
qui catholicæ fidei patriæque jura tuendo
ense suo ad Berchem Mulinæ pica occubuit.
Anno Domini MDCCCXXX.

El señor de Merode era de una de las mas nobles casas de los Países Bajos: una tradicion popular llega hasta hacer descender su familia de Meroveo.

Así en Bélgica, el movimiento dado por el pueblo ha llegado hasta el mas alto grado de la escala aristocrática: por lo demás, propio es de las revoluciones religiosas elevarse de ese modo.

A quinientos pasos de la iglesia, volviendo la esquina de la calle de la Estufa, me encontré frente á una fuente que me habia propuesto ver cuando fuera á Bruselas, y de la que me habia olvidado completamente estando allí; es la que sostiene el palladium de la ciudad, el famoso Manneken-Piss, de que el lector habrá oído hablar sin duda.

El autor de la estatuita que los Bruseleses han adoptado por su dios lare, ha contado de seguro con el privilegio que tienen los niños de no ser jamás indecentes; hagan lo que quieran, cuando no ha temido representar á su héroe haciendo ante el público una cosa que los mismos Parisienses, esos grandes cínicos de la civilizacion moderna, tienen costumbre de hacer volviendo la espalda. Hé aquí la tradicion que sirve, si no de excusa, al menos de pase á esta singular idea.

El hijo de un duque de Brabante huyó del palacio de su padre, y se perdió en las calles de Bruselas. Al ver el dolor del buen duque, toda la corte se dedicó á hacer pesquisas; la pesquisitoria duró dos dias sin resultado alguno, y en medio de la consternacion general: al fin, un cortesano, mas feliz ó mas activo que sus colegas, encontró, entre

la calle de la Encina y la de la Estufa, al fugitivo, en la misma postura en que el amor paternal nos ha conservado su efígie. Los Bruseleses por su parte conservaron á la representacion del hijo la veneracion que tenian á la persona del padre, y habiéndose roto la primera estatua, que era de piedra, se fundió la segunda, reproduciendo con gran exactitud la postura y expresion de la anterior en 1648 por el célebre Duquesnois de escandalosa memoria, inaugurándose en el mismo sitio, sin que el cambio que se habia verificado en la primitiva materia hiciese sufrir al culto que inspiraba el Manneken-Piss la menor alteracion.

Desde entonces la posicion social del Manneken-Piss, al contrario de la de mas de un gran señor que creia merecerla, no ha hecho mas que mejorar. Los Bruseleses le han dado el título del mas antiguo ciudadano de la poblacion, como el ejército tituló á Latour d'Auvergne el primer granadero de Francia: el elector de Baviera, que tuvo el honor de ser presentado á él, le regaló un guardarropa completo, y dedicó á su servicio un ayuda de cámara con encargo de vestirle y desnudarle; Louis XV, para reparar los insultos que le habian hecho algunos soldados de la Guardia francesa, le declaró en 1747 caballero de sus órdenes, y le regaló un traje de corte con el sombrero de plumas y la espada; en fin, en 1852, el consejo municipal

le votó por unanimidad un uniforme de oficial de la guardia nacional: bajo este traje, el mas popular de todos, es como desde esa época se le expone el dia de la gran fiesta de Bruselas, que cae á mediados de julio. No hay para qué decir que mientras está vestido cesa en las funciones hidráulicas, las cuales vuelve á recobrar inmediatamente despues de la Kermesse, con gran satisfaccion de la multitud.

El 3 de octubre de 1817, Bruselas se despertó en medio de la consternacion; su palladium habia desaparecido. Creyóse al principio que descontento de su última inauguracion, habia ido á ofrecer sus servicios á alguna ciudad mas reconocida. Pero se hizo una indagacion de su ayuda de cámara, y se probó que en el momento que le habia quitado sus vestidos, no habia manifestado ninguna señal de mal humor: comenzaron entonces á creer que las maniobras que habian sustraído al Manneken-Piss á las miradas del público, no debian atribuirse á su libre arbitrio; en virtud de este razonamiento especioso, se puso en su busca la policia, y encontró la estatua en poder de un forzado cumplido, llamado Licas, que la habia robado. La alegría fué grande cuando se supo la feliz nueva; se disparó el cañon, como por el alumbramiento de la reina, y se iluminó la ciudad. En fin, el 6 de diciembre de 1818, despues de mas de un año de ausencia, el

Manneken-Piss fué colocado otra vez, con gran ceremonia, sobre su pedestal, donde apenas reinstalado, continuó alegremente sus funciones como si nada hubiera pasado, y de donde, gracias á una activa vigilancia, no ha desaparecido mas.

En cuanto á Lycas, por mas que pretextó una adhesion muy especial al mas antiguo ciudadano de la poblacion, para excusar por el entusiasmo la accion que habia cometido, fué enviado otra vez á galeras.

Como poseia yo casi toda la biografia del Manneken-Piss, y por otra parte, el tiempo urgia, nos dirigimos hácia el palacio del príncipe de Orange, el que ha conservado su antiguo nombre, porque el príncipe Guillermo, cuya es la propiedad privadas no ha querido cederle ni despojarle de sus mueble, desde 1850, sin duda esperando volver una tarde á entrar en él como salió una mañana.

Al llegar á la antecámara, tuvimos que prestar-nos á una ceremonia cuya necesidad no comprendí hasta mas tarde; la de ponernos sobre las botas unos esca-pines de orillo tan anchos, que al instante mismo nos vimos obligados á abandonar nuestro sistema habitual de locomocion. Desde el salon de los ayudantes de campo, no se anda, se patina; por lo demás, este ejercicio se practica sobre admirables pavimentos hechos de raíces de árboles, que se rayarian con las botas sin aquella

precaucion; son verdaderos suelos aristocráticos, sobre los que no se puede andar sino calzado de terciopelo ó de seda. Pero se olvida al punto la incomodidad que impone aquella nueva manera de caminar, al encontrarse inmediatamente ante tres obras maestras, salidas de tres escuelas diferentes; una Madona de Andrés del Sarto; un retrato de Rembrandt, pintado por él mismo, y una magnífica cabeza de Holbein.

En una sala azul que está al lado, hay una Po-pea de Van-Dyck, y una Diana de Poitiers atribuida á Leonardo Vinci; despues hay un corredor donde se ven dos retratos de Van-Dyck, y dos de Velazquez, que son cuatro obras maestras, como acaso no las posee ningun museo. En fin, en el salon de las damas de honor hay un San Agustin muy hermoso, cuyo autor no recuerdo, y una de esas maravillas del Perugino, que prefiero como sentimiento y como expresion á las de su ilustre discípulo, el pintor de nombre de ángel y de genio divino.

No hablo de una consola y una copa de malaquita, que valen ambas 500,000 francos, ni de una mesa de lapislázuli, estimada, segun se dice, en millon y medio. Este es negocio de ebanista y no de artista.

Al salir del palacio ví á un individuo que en su aïre reconocí como francés, y que se detuvo para

mirarme; al punto me dirigí al Bosque, por temor de que se me acercase, porque en Bruselas, lo peor que podemos encontrar es un compatriota. Esto exige una explicacion, y me apresuro á darla.

Bruselas ha sido en todos tiempos el refugio de los proscritos: María de Médicis, desterrada por su hijo, fué allí á pedir hospitalidad á Isabel; Carlos, duque de Lorena, se refugió en ella despues que sus súbditos le expulsaron de sus Estados; Cristina abjuró allí la religion luterana despues de haber abdicado la corona de Suecia; en fin, Carlos II y su hermano el duque de York fueron á buscar en aquella ciudad un asilo contra el protectorado de Cromwell.

Estos ilustres ejemplos han tenido en nuestros dias muchos imitadores; solo que á los proscritos políticos han sucedido los desterrados judiciales: todo el que ha falsificado, el que ha hecho quiebra, en fin, todo el que se ve obligado á esconder la cara en París, se eclipsa de repente en el boulevard de Gante ó en la plaza de la Bolsa, y reaparece con el rostro descubierto y radiante en la calle Verde, en Bruselas; entonces, por poco que esos honrados refugiados hayan sabido escribir para firmar al pié de una letra de cambio con otro nombre que el suyo, viven con escándalo, calumniando en alguna cloaca literaria á la Francia, que los arroja como un rio arroja su espuma, y

dan al extranjero ese espectáculo vergonzoso de un hijo que en vez de arrepentirse y humillarse, escupe pública y diariamente á su madre en el rostro; así confieso que por mi parte estoy muy lejos de ofenderme por la desconfianza de los Belgas respecto á nosotros, y siempre me he admirado de que antes de dar la mano á un francés, no exijan verle la espalda.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1625 MONTERREY, MEXICO